

An aerial, black and white photograph of a dense forest. The trees are arranged in a regular, grid-like pattern, creating a strong sense of order and perspective. The canopy of the trees is light-colored, contrasting with the darker trunks and shadows between them. A solid red rectangular box is superimposed over the upper portion of the image, containing the title and author's name in white serif font.

LA PATRIA  
DE LOS SUICIDAS  
Pascual Martínez

En Iznájar, Córdoba, parece que el calor fuera a asfixiarte, que los olivos se extendieran hasta el infinito en ordenadas hileras y que a los lugareños les cobraran por cada palabra que pronuncian. De eso se da cuenta Ernesto Pitana nada más llegar a su nuevo destino como sargento de la Guardia Civil. Pero lo que aún no sabe es que en la comarca se triplica la tasa de suicidios del resto de España, ni que en el pueblo hay ya esperándole un nuevo caso de ahorcamiento. Tampoco imagina hasta qué punto se complicarán las cosas cuando la viuda encuentre entre los papeles del difunto una misteriosa instantánea en la que aparecen cinco adolescentes, entre ellos su marido.

El sargento Pitana, acompañado por la impetuosa cabo Montero y en colaboración con la psicóloga Lara Campos, intentará desentrañar qué se esconde tras la fotografía, hecha a partes iguales de silencio y de secretos, en ese paisaje centenario, reseco y magnético, en esa patria de los suicidas.

## Índice de contenido

Cubierta

La patria de los suicidas

Preámbulo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Epílogo

Agradecimientos

Sobre el autor

*Para papá, mamá, José y Carmelo,  
por ser y estar*

## Preámbulo

Antes de entrar, Ernesto Pitana se compuso el nudo de la corbata y tragó saliva, el ánimo como el de un condenado a galeras, consciente de que su futuro dependía de aquella conversación.

Golpeó la puerta con los nudillos y esperó el pertinente consentimiento para acceder al despacho.

—Adelante.

—Señor —dijo, al tiempo que saludaba con la mano en la frente.

—No me jodas, Ernesto. ¿Ahora me vas a venir con formalidades?

A Bernabé Galarza, director general de la Guardia Civil, un hombretón con cuello de toro y ojos de hurón, se le veía a la legua que le incomodaba la reunión.

—He hecho todo lo posible... Lo siento.

Ernesto sabía que lo decía de corazón. No obstante, la amistad que mantenían desde hacía más de dos décadas no iba a librarle de un castigo ejemplar.

—¿Qué ha decidido la comisión?

Bernabé Galarza se levantó en el asiento, colocó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos.

—Lo más conveniente es que te alejes una temporada de Madrid —explicó, y se detuvo para comprobar el efecto de sus palabras en su amigo. Al ver que no replicaba, continuó—: Te han adjudicado un nuevo destino..., luego veremos qué hacemos contigo.

Ernesto seguía impertérrito, aunque en su interior le carcomía la curiosidad.

—¿Y dónde voy a purgar mis pecados? —preguntó con cierta sorna.

—Hace unos meses inauguraron un cuartel en Iznájar. ¿Te suena el nombre?

—Ni por lo más remoto.

—Es un pueblo de Córdoba. El anterior sargento se jubiló la semana pasada y necesitan un jefe.

—¿Un pueblo de Córdoba? ¿Y qué voy a hacer yo allí?

—Lo que deberías haber hecho hace mucho tiempo: tranquilizarte. Relájate, disfruta del paisaje y dentro de unos meses ya hablaremos. Seguro que nadie se acuerda de lo ocurrido y puedo interceder por ti.

—¿Cuándo me incorporo?

—El próximo lunes.

Ernesto y Bernabé cruzaron las miradas. No hay más que hablar, decía la del jefazo.

Hay ocasiones en que no se puede cambiar el rumbo de los acontecimientos y la riada te arrastra sin que puedas evitarlo.

Y solo te queda rezar para no acabar sepultado entre lodo y escombros.

## 1

Olivos, olivos y más olivos, era el monocromático paisaje que Ernesto Pitana contemplaba en el horizonte desde que había franqueado Despeñaperros y se había adentrado en la provincia de Jaén hacía unas dos horas.

El GPS le marcó que había llegado a su destino. Eran las cinco de la tarde.

Justo a la altura del cartel que daba la bienvenida al término municipal de Iznájar, en el margen izquierdo de la calzada vio el cuartel de la Benemérita, un edificio de dos plantas y fachada rosada.

Pitana, apesadumbrado, determinó tomarse una cerveza antes de enfrentarse a la cruda realidad. Sin detenerse, giró a la derecha y se incorporó a una calle estrecha y empinada flanqueada por casas blancas. Viró a la izquierda hasta que vislumbró un bar.

Aparcó justo enfrente, apagó el motor y se apeó del coche.

Un calor de fragua le abofeteó el rostro.

Ni un alma en la calle.

Con paso vacilante, Pitana entró en el local tras librarse de una cortina de macarrones que casi le corta la cara. Lo recibieron las miradas curiosas de dos ancianos que interrumpieron su partida de dominó. Sin nada que reseñar, volvieron a concentrarse en las fichas. Pitana se acercó a la barra —un listón corrido sobre varias cubas de vino— y requirió la presencia del camarero, un hombre entrado en carnes que leía un periódico con la concentración de un



exégeta que desentrañara los misterios de las Sagradas Escrituras.

—Perdone.

El exégeta miró al visitante con desdén.

—¿Desea algo?

No, he venido a verte la jeta.

—Una caña —demandó Pitana. Y añadió—: ¡Menudo calor! Aquí deben de caerse los pájaros de los árboles.

—Hay días peores —contestó el camarero, y dejó la cerveza sobre el listón—. Usted no es de por aquí, ¿me equivoco?

—No. —Y decidió hacerse notar a las primeras de cambio—. Soy el nuevo sargento de la Guardia Civil.

Los jugadores de dominó miraron al forastero con renovada curiosidad.

—Espero que esté a gusto entre nosotros.

A Pitana le sonó irónico el tono del exégeta, más si cabe al comprobar que el comentario era recibido por los dos vejetes con una sonrisa sardónica. Desubicado, se acabó la caña.

—¿Cuánto es?

—Invita la casa.

Ernesto se detuvo delante de la puerta y compuso un gesto de hastío. Al cabo, entró en el edificio. El sol pegaba de pleno en los cristales de la puerta principal y la cristalera de la recepción, ubicada a la derecha. Anduvo unos metros y vio a dos guardias civiles que conversaban dándole la espalda en una zona donde había una máquina de café.

—Buenas tardes.

Uno de los sujetos pegó un respingo y se derramó la bebida sobre la camisa verde.

—¡Joder, me he quemado! —exclamó, conforme se sacaba los faldones de la camisa del pantalón y se la apartaba del torso.

—¿Qué desea? —preguntó el otro agente, y soltó una risotada ante los aspavientos de su compañero.

—Soy el sargento Ernesto Pitana.

El agente que había derramado el café era bajito, tripudo y patizambo. Azorado, dejó de restregarse la mancha y se puso más firme que un ciprés, mientras al otro se le helaba la sonrisa en la boca.

—A sus órdenes, mi sargento. Soy el agente Palomeque. Lo esperábamos esta mañana.

—Bienvenido, mi sargento. Agente Cortés.

—Quisiera ver mi despacho —dijo desabrido Pitana.

—Por supuesto, mi sargento —manifestó el tal Palomeque, sin relajar su pose enhiesta.

El trío enfiló un pasillo.

—Es este, mi sargento. —El agente Palomeque abrió la puerta.

En ese preciso instante, al agente Cortés le sonó el intercomunicador que le colgaba del cinto.

—Dime.

—Tenemos un aviso —se oyó entre interferencias—. Ahorcamiento en la zona de La Hoz. Repito, ahorcamiento en la zona de La Hoz.

—Recibido. Vamos para allá.

—¡Mena, hay que irse! —gritó Cortés, y el agente Mena, un hombre de mediana altura y algo de sobrepeso, se presentó de inmediato.

—¿Qué pasa?

—Un ahorcamiento.

—Mena, te presento al sargento Pitana.

—A sus órdenes, mi sargento.

—Los acompaño —confirmó Pitana.

Completaron los ocho kilómetros en escasos diez minutos, después de circular por la A-331, girar a la derecha y, justo

antes de llegar a la aldea de La Hoz, tomar un camino sin asfaltar que desembocaba en una era.

Pitana, desde el asiento trasero del coche patrulla, despotricaba entre dientes. No esperaba un recibimiento con confeti y serpentinas, pero tampoco enfrentarse a un ahorcado nada más aterrizar en tierras cordobesas.

Aparcaron a la sombra de un muro blanco, la única pared que se mantenía en pie de lo que debió de ser un antiguo cortijo. Al bajar del vehículo, una ráfaga de un viento abrasador les acarició el rostro.

—Es allí —indicó Cortés, al que le habían comunicado por radio, durante el trayecto, el lugar exacto del suceso.

Subieron un montículo y otearon el panorama. Acto seguido, se les acercaron dos agentes.

—Montero, Lebrija, os presento al sargento Pitana. Hoy empieza a trabajar con nosotros.

—Encantada —dijo Montero—. Aunque, como puede ver, no es el mejor momento para presentaciones...

Un hombre pendía de la rama de un olivo. Tenía el rostro blanco, los ojos desorbitados y la lengua azulada le colgaba de la boca.

—Otro suicidio —comentó Montero con resignación.

—¿Otro? ¿Son habituales los suicidios por aquí? —indagó Pitana, extrañado por el comentario de la guardia civil.

Montero lo miró con la conmisericordia que se muestra ante un niño corto de entendederas.

—Algún caso se da.

Mena y Lebrija se habían alejado unos metros e inspeccionaban el cadáver.

Cortés permanecía al margen de la conversación, absorto en la contemplación del ahorcado. Al fin preguntó:

—¿Quién lo ha encontrado?

—Él. —Montero señaló a un anciano con un buzo azul que estaba sentado sobre una piedra.

—Pues el día no está para paseos...

—Estamos acostumbrados a estas temperaturas —dijo Montero—. Si nos acobardásemos por el calor, no saldríamos de casa.

—¿Has avisado al juez de guardia? —preguntó Cortés.

—Sí. Me acaba de confirmar que el forense está en camino —ratificó Montero—. Y la ambulancia también está avisada.

—¿Lo conocían? —Pitana no paraba de sudar y le costaba respirar. Extrajo un pañuelo de tela de un bolsillo del pantalón y se lo pasó por la frente.

—De vista —dijo Cortés—. Estaba casado y tenía dos niñas. A la pequeña la bautizaron hace dos domingos.

Un estremecimiento gélido recorrió a Pitana.

¿Quién se suicidaría poco después de bautizar a una hija?, se preguntó con el pasmo reflejado en la cara.

Pitana se sentía exhausto. Permanecieron hasta la una de la madrugada en la era junto a los Servicios de Urgencias, Protección Civil, algunos de sus nuevos agentes y el médico forense, que había ordenado el levantamiento del cadáver pasada la medianoche.

El finado se llamaba Rafael Luque, vecino y natural de Iznájar. Treinta y ocho años.

Javier Patrón, el forense, un tipo achaparrado, de pelo ralo y ojos inexpresivos, se había puesto a la entera disposición de Pitana en lo que necesitase, y le había dado la bienvenida.

A Pitana se le habían quitado las ganas de cenar, y solo quería descansar. No había podido buscar un lugar donde dormir y resolvió —a pesar de los ruegos de Montero para que pasara la noche en su casa— instalarse en el diminuto catre que había en una estancia del cuartel.

Se quedó en calzoncillos, se tumbó bocarriba sin abrir la cama y entrelazó las manos detrás de la nuca.

¿Cómo demonios he terminado en este pueblo?

Empapado en sudor, abrió la ventana. La brisa era un espíritu ausente. Se acercó al termostato del aire acondicionado. Al verificar que no funcionaba, se dejó vencer por el desánimo y maldijo en voz alta.

## 2

Menuda banda.

El malestar por apenas haber dormido y por la ingesta del deslavazado café de la máquina del cuartel alcanzó su culmen cuando Pitana comprobó el personal que le había tocado en suerte.

Los seis componentes del contingente —en realidad eran siete, pero una de las agentes estaba de vacaciones— aguardaban de pie, silenciosos, a que Pitana, apoltronado en la silla de su despacho, les dirigiera la palabra.

—Buenos días. Soy el sargento Ernesto Pitana y a partir de hoy comandaré este cuartel. Al sargento Robles le hubiera gustado estar aquí para darme el relevo y presentarme ante ustedes, pero ya saben que su estado de salud es muy delicado y volvió a Sevilla la semana pasada.

—Si me permite —interrumpió Palomeque, un tipo con aspecto desgredado, pelo electrificado y ojos saltones, al que le quedaba el traje de guardia civil como a un cristo dos pistolas. Lucía una mosca bajo el labio inferior que se tocaba con insistencia. Pitana ya había comprobado el día anterior, tras el percance del café, que no era una lumbrera—. Agente Palomeque, para servirle. Quisiera darle la bienvenida y comunicarle que estamos a su entera disposición para lo que se tercie.

Pitana acostumbraba a endilgarle a cada agente una profesión que él consideraba adecuada a su aspecto. Palomeque le recordó a uno de esos científicos medio grillados que se pasan la vida tratando de hacer un descubrimiento que les otorgue la gloria eterna.

—Muchas gracias, se lo agradezco...

—Yo me encargo de recibir las llamadas y hacer los recados —continuó Palomeque, sin que nadie se lo pidiera—. Soy una especie de administrativo, dedicado en cuerpo y alma a la honrosa labor de servir a nuestra gloriosa España —aseveró, con aire de satisfacción.

La madre que lo parió.

—Palomeque, te puedes callar. —La que acababa de poner en su sitio al parlanchín Palomeque era la cabo Montero, una mujerona alta y robusta, de melena rizada y pelirroja, ojos azules, piel blanca y pecas hasta en el velo del paladar, la agente que, junto a Lebrija, aguardaba en el escenario del ahorcamiento cuando Pitana, Cortés y Mena llegaron. Pitana se la imaginó sin problemas en la maternidad de una clínica de Dublín, trayendo al mundo a los descendientes del dios celta Lug—. Perdónele, sargento: Palomeque no se calla ni debajo del agua.

—Está bien, ya es suficiente —terció Pitana al ver que los dos púgiles cruzaban miradas desafiantes—. Lo último que quiero es inmiscuirme en sus labores, pero lo haré si no hay más remedio. Por lo demás, soy un tipo comprensivo. Si necesitan mi ayuda, pídanmela. Fumo, bebo y no esquivo una buena juerga. Lo único que me saca de mis casillas es que intenten quedarse conmigo. Eso no lo soporto. No pongan a prueba mi paciencia porque saldrán trasquilados.

El sargento se dirigió entonces a un tipo con cara de bonachón y gafas de montura metálica con pinta de no haber roto un plato en su vida. No le costó ubicarlo en un banco. Uno de esos trabajadores que, con la paciencia del santo Job, reciben con una sonrisa a los ancianos que pasan por ventanilla para conseguir dinero en efectivo ya que no se fían de los cajeros automáticos.

—Lebrija, ¿tiene algo que decir?

—No, mi sargento.

—Mi sargento, ¿puedo hacerle yo una pregunta? —le interpeló el agente Mena. Tenía los ojos de besugo y el pe-